

**Blas Piñar López: MI RÉPLICA AL CARDENAL
TARANCÓN**

Es éste un libro de casi 200 páginas, de amena y fácil lectura. Pero es un libro que no dejará indiferente al lector, en buena medida porque trata de hechos de nuestra historia más reciente que todavía suscitan reacciones apasionadas por su trascendencia. Aunque no todos los que cojan este libro en sus manos lo enfocarán de la misma manera:

Están, de un lado, los que han vivido los hechos que se relacionan, los recuerdan, de una u otra forma se apasionan con ellos, bien sea desde la concordancia ideológica, bien sea desde la discrepancia más absoluta. Estas personas podrán seguramente enriquecer, o matizar con su particular testimonio los hechos que se tratan, pero algunos de estos —tal vez incluso muchos—, según formación, influencias, circunstancias, intoxicación, etc., corren el riesgo de caer en prejuicios hijos de la experiencia y el apasionamiento.

De otro lado estamos las personas que no vivimos ninguno o casi ninguno de los hechos que se narran, por haber nacido después del cambio político, eso que llaman *transición democrática* unos y *traición* otros, o por haber nacido pocos años antes de ese proceso y ser entonces, aunque lo hayamos vivido, demasiado jóvenes para darnos cuenta de su trascendencia y guardar un recuerdo preciso. En este segundo caso la lectura o el comentario no podrán ser enriquecidos por la experiencia personal, o sólo muy escasamente, pero tampoco podrá acusarse a nadie de tener prejuicios o ideas preconcebidas, ni de añorar un pasado o un régimen que realmente no se ha conocido. Esta es, por necesidad, la óptica de quien esto escribe.

D. Vicente Enrique y Tarancón, el "Cardenal de la Transición", escribió un libro publicado por PPC (Promoción Popular Cristiana), y titulado *Confesiones*, en el cual daba su visión par-

(*) Fuerza Nueva editorial. Colección Denuncia, Madrid, 1998.

ticular, sesgada, de la más reciente historia política y religiosa de España. En sus páginas se presenta a la Iglesia de España "conservadora" como una Iglesia no evangélica y a la Iglesia "progresista" de la Transición como el modelo ideal para las futuras generaciones. Ni la primera fue tan "mala", ni la segunda es tan "maravillosa".

Además el Sr. Cardenal defiende su tesis "excusándose" a sí mismo y "acusando" a los que no piensan como él, entre otros acusa a Blas Piñar y a Fuerza Nueva. Por tal motivo toma Piñar la pluma y publica su réplica en una serie de artículos que aparecieron en la revista *Fuerza Nueva*, y recopilados hoy en este libro que nos ocupa. Y en ella no opone sólo afirmaciones a afirmaciones, sino que aduce en apoyo de sus argumentos—además de su testimonio personal y de aportar otros testimonios adicionales— una abrumadora prueba documental con la que demuestra que la transición no ha logrado la tan cacareada pacificación sino a base de lamentables concesiones que han dañado la fe de nuestro pueblo y su comportamiento cristiano.

En esa réplica cada capítulo aborda un tema monográfico que le proporciona una unidad. Dicho de otro modo, el libro puede leerse de un tirón, o bien puede leerse por fragmentos, cogiendo capítulos al azar, por el orden que se desee, sin que ello afecte a la comprensión global del texto, ni reste fuerza a las argumentaciones del autor.

Tiene, por ello, la ventaja de que puede leerse en cualquier lugar, con tranquilidad toda una tarde, o a trompicones en el autobús, sin que se vea mermado su interés.

Pero tras finalizar la lectura uno se queda con la impresión de que sobre cada uno de los puntos que se tratan se podría haber dicho mucho más. Y que todos ellos podrían ser enriquecidos por otros muchos testimonios análogos, aportados por el mismo autor o por otros testigos que vivieron esa época desde puestos privilegiados. Estimo además que son varias las personas que querrían aportarlo, concretamente todos aquellos que son aludidos por el Sr. Cardenal en su libro, algunos de los cuales no tienen cauce para defenderse de las acusaciones del Cardenal, y otros no pueden hacerlo por haber ya fallecido. Me parece, pues, justo señalar que Blas Piñar defiende en la medida que sabe y

puede a los que se hallan en esa situación, como por ejemplo a Mariano Sánchez Covisa, fallecido el último Año Santo Compostelano peregrinando a Santiago.

Los puntos que trata Piñar tienen todos sumo interés, y son, por lo menos, los que siguen:

1. La opinión que le merecen al Sr. Cardenal la persona de Blas Piñar y Fuerza Nueva como movimiento político y como corriente de opinión.
2. La Encuesta al Clero de finales de 1970. Una encuesta anónima hecha al conjunto del clero español, y que puso de relieve una serie de desafueros de parte de algunos sacerdotes, que nunca fueron corregidos por quien correspondía, en parte por no permitirlo el hecho de haber sido anónima esa encuesta y por tanto ignorarse cuáles eran las manzanas podridas del cesto.
3. Asamblea Conjunta de obispos y sacerdotes de septiembre de 1971, en que se manifestaron (¿por primera vez?) públicamente las tendencias izquierdizantes de parte del clero, que pretendía pedir perdón por haberse alineado con uno de los dos bandos contendientes en la cruzada, con las ampollas que eso levantó y sigue levantando.
4. Se pone de manifiesto que el Sr. Cardenal tuvo un giro ideológico radical. En los años posteriores a la cruzada era el más acérrimo defensor del carácter religioso de nuestra contienda, y en los últimos años negaba incluso la existencia de mártires. Asimismo durante el pontificado de Pablo VI, por razones de "oportunidad política" se silenciaron los martirios de la Cruzada y se paralizaron los procesos de beatificación iniciados, a instancias de altas jerarquías de la Iglesia Española.
5. También la opinión que el Sr. Cardenal y altas jerarquías de la Iglesia española manifiestan del anterior Jefe del

Estado, Francisco Franco, sufre un giro radical. De ser "un hombre providencial, adalid del catolicismo", pasa a posturas no sólo de alejamiento despectivo, sino incluso a bendecir posturas de insubordinación y ofensa contra el Jefe del Estado.

6. El Sr. Cardenal vetó la visita de la imagen de la Virgen Peregrina de Fátima a Madrid por un supuesto "trasfondo político" que ningún otro prelado de ninguna otra diócesis en España supo ver, mientras no evitó, e incluso alentó, otras actuaciones propias o ajenas de "trasfondo político" más claro, escandaloso y pernicioso.
7. Tarancón expresa opiniones despectivas y partidistas contra la revista *Iglesia-Mundo*, calificándola de ser de "extrema derecha", mientras otras publicaciones que atacaban el dogma, la moral, la liturgia y la disciplina se salvaban de la quema del Sr. Cardenal.
8. Hace lo propio con la Hermandad Sacerdotal Española, hacia la que muestra claros rechazo y beligerancia, tan injustos como injustificados.
9. Autorizó el proceso de un sacerdote —a lo que podía negarse por los términos del Concordato— por un artículo en que defendía a la Santísima Virgen, cuando otras actuaciones de otros sacerdotes más escandalosas e incluso delictivas topaban con la falta de autorización del obispo para llegar a los tribunales.
10. Hubo evidente precipitación en su nombramiento como arzobispo de Madrid, hecho el mismo día de la muerte de su antecesor D. Casimiro Morcillo, y saltándose todo el procedimiento habitual para proveer una diócesis tan importante como la de Madrid.
11. Tanto la Acción Católica —sirviéndose del apostolado seglar— como la Conferencia Episcopal Española —ésta

desde que la presidió el Cardenal Tarancón— y con ellas sectores importantes de la jerarquía y del clero, hicieron frente común con el marxismo para atacar al poder político, sirviéndose de su posición de privilegio en un régimen confesionalmente católico en el que la acción de la Iglesia era protegida y respetada desde el poder establecido.

12. “Buenos cristianos” que según confesión propia “contaban con la aprobación de la jerarquía” fueron los responsables de la aprobación de la ley del divorcio, entre otras, consideradas como “mal menor”, y que como todos los “males menores” han resultado ser “males mayores”.
13. Otro de los giros ideológicos radicales del Sr. Cardenal y sus corifeos ha sido el tema de la confesionalidad católica del Estado: la unidad católica y el llamado nacional-catolicismo, que según el propio cardenal “todos nos lo creíamos entonces”. Ese mismo “bien inestimable que había que conservar” se convertía en una reliquia del pasado, en la que ya sólo creían algunos extremistas, y representaba un lastre para la Iglesia y la evangelización, en definitiva, el mal a evitar. Pero la pérdida de esa unidad católica ha representado el advenimiento de un anti-catolicismo institucional militante.
14. Las ejecuciones de terroristas de la ETA y el GRAPO en septiembre de 1975 son motivo de agrias afirmaciones del Cardenal contra el anterior régimen y su titular, por negarse a la petición de clemencia que hiciera en su día el entonces Papa reinante Pablo VI, que condenó con menos fuerza el terrorismo que las había motivado que la resolución judicial que condenaba a muerte a los reos por sus crímenes.

En los últimos capítulos sobre todo se va haciendo patente una realidad escalofriante: la transición, con

todo lo que ella supuso de traición a un régimen, chaqueteo de sus protagonistas, escándalo en muchos fieles, contubernio con el comunismo, etc., no fue algo exclusivo de la Iglesia española, ni probablemente habría tenido lugar en ella si no se hubiera dado conjuntamente un proceso análogo de contubernio y giro a la izquierda en la Iglesia Universal, que alentó desde altas esferas el cambio en la Iglesia española, y lo favoreció cuanto le fue posible. De forma que todo el proceso, iniciado a raíz del Vaticano II, representa más que un "volverle la espalda la Iglesia española al régimen que la salvó del martirio" un "volverle la espalda la Iglesia universal a todo lo que antes del Vaticano II se entendía como correcta forma de evangelización, ecumenismo, predicación y propagación de la Fe".

15. La Iglesia pretendió avanzar en su misión pastoral pactando con los enemigos de Dios, y por ese contubernio los enemigos de la Fe alcanzaron cotas que nunca hubieran debido alcanzar. Y el mal, que ha sido muy grave en todo el mundo, ha sido particularmente grave en España, que era la única nación donde todavía se conservaba un régimen confesional católico. Pero las responsabilidades hay que buscarlas dentro y fuera de la Iglesia española.
16. Aunque no lo admiten explícitamente, los obispos que colaboraron al cambio político se lamentan hoy de las cotas que han alcanzado los enemigos de la Fe con su colaboración, y aunque advierten el mal, no quieren admitir que sin su colaboración y la pérdida de la confesionalidad católica del Estado, estos males que lamentan probablemente no habrían llegado.
17. El Sr. Cardenal manifiesta a lo largo de todo su libro una profunda preocupación por los sucesos políticos que tienen lugar en España en los últimos años, cómo afecta-

ron a la Iglesia, a la sociedad ..., pero no muestra mucha preocupación por otros problemas que debe afrontar, o por lo menos no parece afrontarlos con la misma dedicación y eficacia. Estos a que aludo y que parecen no afectarle tanto son actos graves de indisciplina por sacerdotes y religiosos que no son atajados según la normativa vigente, desviaciones graves del dogma que se observan en textos de catecismo y de formación, que no tienen una pronta respuesta por parte de los obispos, opiniones heterodoxas a muchos niveles, que no son eficazmente silenciadas, ni matizadas por el magisterio diocesano correspondiente, etc.

Y como última cosa Blas Piñar cree y defiende que el Cardenal don Vicente Enrique y Tarancón tomó esta postura en obediencia a los dictados que recibía de Roma, que le hicieron olvidar antiguas fidelidades.

Algunos de estos puntos que trata Blas Piñar pueden verse iluminados, aparte de por los documentos, artículos o publicaciones que el propio Piñar cita, por el libro *Historia de un gran amor a la Iglesia no correspondido*, autor y editor: Hermandad Sacerdotal Española, Madrid, 1990.

El libro resulta, a todas luces, muy interesante. Tanto más por cuanto se hace evidente a lo largo de toda la lectura el esfuerzo del autor por ser desapasionado, veraz y lógico. D. Blas Piñar argumenta apoyándose en las propias contradicciones en que incurre el Sr. Cardenal en su libro, contradicciones que ponen de manifiesto su falta de memoria o su falta de lógica. Argumenta también tratando de exponer la verdad sin faltar a la caridad, y si en algún momento halla excusa, o razón lógica o buena voluntad en alguna actuación que juzga errónea, la expone presuponiendo siempre buena voluntad en los pastores de la Iglesia.

Dos impresiones predominan en el ánimo del lector cuando se ha leído este libro, que además de excitar la indignación —santa indignación, me atrevería a decir—, estimulan la curiosidad de profundizar en el conocimiento de esta época de nuestra historia. Estas dos impresiones son:

1. *EL ESCÁNDALO*.—Uno se siente escandalizado de hasta dónde han sido capaces de llegar algunos hombres —laicos, sacerdotes y obispos— en su colaboración con el marxismo y los enemigos de Dios en aras de un “apertura” que se suponía —pero no se sabía, ni se ha demostrado todavía— “beneficioso”. Hasta el punto que el propio Santiago Carrillo admitió en 1967 en unión con otro dirigente comunista hispanoamericano, Corvalán, que “el comunismo nunca hubiera podido llegar tan adelante como ha llegado, de no haber contado con la ayuda de la Iglesia postconciliar”. ¡Y eso lo decía en 1967, cuando hacía poco más de un año que se había clausurado el Concilio Ecuménico Vaticano II! ¿Qué habría dicho 10, 20 años después, o aún hoy?

2. *LA TRAICIÓN*.—Va siendo a cada página más fuerte e insistentemente machacona la idea de que una serie de personas han dedicado todos sus anhelos y esfuerzos en defender e implantar no aquello que habían jurado o por su ministerio o cargo estaban obligados a defender y decían creer, sino justamente todo lo que le era más opuesto. La transición con todas sus consecuencias sociales, pero sobre todo morales, ha sido fruto de la traición de los políticos y dirigentes del momento, pero ha sido también fruto de la traición de obispos y sacerdotes que convirtieron su ministerio en plataforma de lucha contra un régimen temporal confesionalmente católico para sustituirlo por otro no sólo laico o aconfesional, sino antiteo. De suerte que la descristianización y apostasía de nuestra Patria hasta los extremos de indiferencia religiosa que hoy se observan es obra de aquellos que con mayor empeño debieron velar por conservar su fe y su religiosidad. Ese descubrimiento para el lector de mi quinta ha sido dolorosamente trágico.

Pero no menos dolorosamente trágico resulta advertir que esa traición a una sede episcopal o a un ministerio no ha muer-

to con el Sr. Cardenal, sigue viva en muchos de sus corifeos, en sus sucesores... A título sólo de ejemplo, el Obispo de Gerona, Monseñor Jaime Camprodon, publicaba en la hoja parroquial del pasado 17 de enero lo que sigue: "... durante siglos hemos mantenido una situación de privilegio —el ser la religión del Estado— que aunque ha comportado más inconvenientes que ventajas —nos ha costado verlo así—, ha dificultado las relaciones. La secularización de la sociedad nos deja a todos en una situación más auténtica en la que sólo cuenta la fuerza de la fe y el prestigio moral de cada persona, y éstos se han de ganar a pulso, sin competitividad." Tras más de 25 años de laicismo, aún no han aprendido la importancia que tienen unos medios de comunicación, unas leyes antiteas, un ambiente pagano y paganizante en la religiosidad del pueblo fiel. Y esa actitud, que sigue tan viva, no sólo sigue levantando ampollas, sino sembrando confusión y haciéndole el juego a los enemigos de Dios. Porque los hay que parecen creer que en la difusión del Evangelio deben primar la tolerancia, libertad de cátedra, igualdad de oportunidades —dichoso liberalismo— sobre el celo por la salvación de las almas y la difusión de la Fe verdadera. Son demasiados los que ponen al mismo nivel la verdad y la mentira.

Sólo falta añadir que este libro viene a llenar en parte un vacío, como en parte lo han llenado algunos otros, aunque pocos. Este vacío es el desconocimiento que los de mi generación y las posteriores tenemos de la cruzada, de los 40 años de "dictadura", y de todo lo que fue y supuso el cambio político. Tenemos al respecto una crasa ignorancia, porque la falta de experiencia no ha sido suplida, en la mayoría de los casos, por el testimonio que debían aportarnos nuestros padres y abuelos.

Muchos excombatientes, muchos de sus hijos que se criaron y vivieron los años del régimen de Franco, no nos han contado apenas nada de ellos, y poco o nada han contrarrestado así la información sesgada que recibíamos a través de televisión, periódicos, *mass media*, ... Los jóvenes, pues, no abundan entre los partidarios de un nacional-catolicismo, sino que se alinean con los demócratas y "solidarios", pero es lo lógico. En ese marco, encontrar un libro que tan claramente expone los males de la

“verdad oficial” imperante hoy día, resulta no sólo aleccionador, sino muy saludable y esperanzador, porque puede mover a cuestionar a los más jóvenes otras “verdades inamovibles de la democracia”.

PILAR FRIGOLA

Juan José Sanz Jarque: DE MAR A MAR

**(DESDE TARRAGONA A FINISTERRE, EN EL JACOBEO 93,
POR LOS CAMINOS QUE SANTIAGO ABRIÓ A LA FE) (*)**

La bibliografía sobre el Camino de Santiago es ciertamente amplia y abarca desde guías para el peregrino hasta estudios históricos y evocaciones literarias. En ella, sin embargo, escasean relativamente los libros en los que el autor ofrezca el testimonio de su peregrinación personal con la descripción de los lugares visitados y el relato de los avatares vividos. Como en *Compostela y su ángel* ha escrito Torrente Ballester, “no fue corriente que los viajeros y peregrinos hiciesen relación de sus jornadas y de las cosas vistas, y así nos faltan tan ilustres o humildes testimonios”. A ese género deseable e infrecuente pertenece el reciente libro de Juan José Sanz Jarque, minucioso diario de la peregrinación que el autor realizó a pie desde Tarragona hasta Santiago y Finisterre —es decir, “de mar a mar”— en el Año Santo Compostelano de 1993.

La personalidad de Sanz Jarque es suficientemente conocida en sus dos esenciales vertientes: como catedrático de Derecho agrario (que ha desempeñado funciones importantes en el Iryda e impartido cursos en casi todos los países iberoamericanos) y como cristiano comprometido (que fue en tiempos dirigente de la Juventud de Acción Católica y es hoy consejero nacional de la ACP). Ambos aspectos de esa personalidad se reflejan en su diario de peregrino: él prueba que el autor recorrió el Camino día a

(*) Asociación Católica de Propagandistas, Madrid, 1998, 465 págs.